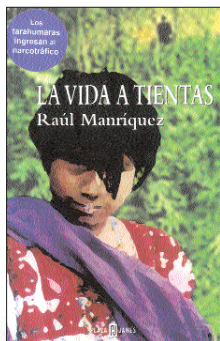


♦ *La vida a tientas*, de Raúl Manríquez ♦ *No hay tal lugar*, de Ignacio Solares ♦ *Machado de Assís*, de Jorge Edwards ♦ *Tiempos presentes*, de Hannah Arendt ♦ *Tiempo de saber. Prensa y poder en México*, de Julio Scherer García y Carlos Monsiváis ♦ *Edén*, de Pablo Soler Frost ♦ *La vida imperial de Rudyard Kipling*, de David Gilmour ♦ *En medio de ninguna parte*, de J.M. Coetzee ♦ *La paradoja del poder norteamericano*, de Joseph S. Nye

LIBROS

NOVELA

La vida es un montaje



Raúl Manríquez, *La vida a tientas*, Random House-Mondadori, Plaza y Janés, México, 2003, 172 pp.

Hay una técnica de montaje, ideada por Ezra Pound para la composición de poemas extensos, de la que se han servido algunos novelistas estadounidenses entre los que destacan William Faulkner, con *Mientras agonizo*; Russell Banks, con *Cerca del mundo*, y Don DeLillo, con *Ruido de fondo*, donde se trastoca la noción cronológica de la trama para dar paso a una serie de cuadros de situaciones sumarias cuya resolución se dilata una y otra vez. Pareciera que el sentido dramático está implícito en el tema de la obra, y no es

cometido del creador hacer ostensibles los pormenores de un misterio o de un desengaño, sino dirimir una suerte de salvaguarda de intenciones. Basta, pues, acceder a los efectos inmediatos de un deseo para cerrar el cuadro y dar pie a la creación de otro con similares características. En el poema esta estrategia propone un sentido de acumulación que paulatinamente ha de suavizar lo cruento de las acciones, haciendo valer las imágenes que se desprenden de ellas, pero en la novela este montaje sirve para atisbar en el alcance de una conjetura o de una paradoja.

En *La vida a tientas*, primera novela del escritor chihuahuense Raúl Manríquez, este diseño discursivo aspira a estigmatizar las intenciones de los personajes, a bien de eludir el tremendismo natural que emana de la postración histórica (por demás inevitable) que padecen los indios de México. De poco habría servido hacer un afanoso acopio de datos si el resultado, a fin de cuentas, recaería en un síntoma fatal. Lejos de cualquier empeño sociológico o antropológico, y consciente de su propósito estético, Manríquez optó por la sublimación de sus criaturas al exhibir sus aspiraciones, aun cuando éstas no representarían más que un des-

linde propiciatorio: como es su ingreso, casi por inercia, al narcotráfico, o el exorbitante intento por lograr la unificación de las etnias mexicanas (que en la novela se llama “El Proyecto”). Al respecto, en su comienzo la novela expone los devaneos a los que están supeditados los líderes indígenas del sureste, de la Sierra Madre y de las comunidades nahuas del centro del país. De hecho, tienen un objetivo común: acendrar la identidad indígena, en primera instancia mediante las tradiciones religiosas antiguas, cuyos rasgos comunes traslucen una coincidencia espiritual desde los tiempos prehispánicos. Tal coincidencia postula una lucha mucho más difícil: validar la dignidad de los indios a través de una sublevación impostergable, y no a causa de una labor de convencimiento (siempre inútil) con los caciques regionales. A fin de evitar no enredarse en tanta maraña política, los indios no tendrán más remedio que lanzarse al ataque contra presidencias municipales, o bien contra cuarteles del ejército y de la policía; que haya unos cuantos muertos y que, desde luego, lo den a conocer los medios de comunicación. De ahí deviene el ideal más lejano y acaso más quimérico: la creación de un partido político que le dé

espacio en el poder a ocho millones de indígenas.

Es evidente que no todos los indios están dispuestos a realizar esa hazaña. Un miedo generalizado priva en el ánimo de los más. Por ende, antes habrá que ejercer una persuasión tarda pero eficaz, que repercute en aglutinar a hombres armados dispuestos a morir por la causa. En tal sentido los líderes tendrán la disyuntiva de incorporar a su movimiento a profesores universitarios y a sacerdotes, tarea cuyo objeto será fortalecer lo que se antoja una empresa imposible, o por lo menos que durará varios y difíciles años. Empero, todo ese cúmulo de tiempo degenera en un proceso de frustración. Los continuos roces entre los líderes indígenas por agenciarse la supremacía de El Proyecto crean divisiones definitivas y todo queda como al comienzo: la eterna resignación a la marginalidad, quedando como única salida el acceso al mundo del narcotráfico.

De todo ello emanan cuadros sucintos que apuestan por una narración referencial. Se aluden los pormenores y se exageran los deseos. Si el destino indígena es infausto, poco o casi nada se consigue que no tenga visos de tragedia. Habrá redenciones aisladas o escapatorias milagrosas, pero la tesis de *La vida a tientas* se circunscribe a una infatuación que pronto habrá de diluirse. No es fruto del candor el deseo de liberación, sólo que las consecuencias reales lo muestran como un intento que jamás debió siquiera formularse. El gran acierto de Manríquez estriba en no nutrir de idealismo este afán. El drama indígena —remitido a la postre al universo tarahumara— se insinúa como una disolvencia que da color a las acciones, mismas que han de pervivir como un síntoma o una mera intención siempre en ciernes.

Todo en *La vida a tientas* es alusivo. La substancia misma del conflicto se posterga para incidir de manera indirecta en la introspección, a veces indecisa, pero las más de las veces inhábil, de los personajes. Y es el narrador quien se involucra y nos involucra en esta suerte de percepción intimista, siempre áspera y

desasosegante. Es así como la historia avanza a base de deslindes. Desde su formulación, acorde con su conclusión flagrante, cada capítulo parecería un coto definitivo al refocilo sentimental, incluso el narrador podría exacerbar la cauda de trasuntos patéticos y melodramáticos (el tema se presta para un rejuego incesante de emociones), pero se decide por digresiones sintéticas, y de suyo cabales, que obra a favor de los secretos más ocultos, o acaso los más perversos, de los personajes. En este aspecto, la anécdota recae en la conjetura, y esa conjetura es precisa y por demás señera. La capacidad para hacer resúmenes permite al autor abordar su tema desde muy diversos puntos de vista, así como percibir toda una gama de estados de ánimo que le otorgan a esta historia una riqueza inédita en nuestras letras.

Otra sorpresa que nos depara *La vida a tientas* es la nutrida galería de personajes que intervienen en la trama. No son personajes referenciales, sino actuantes cuya participación se inserta cabalmente en el engranaje de la historia, haciendo sentir indispensable su aporte. El sistema de composición es tan riguroso que no admite quiebres ni veleidades. En esto queda dicho que la magnitud de la obra se ajusta a un empeño específico. Lo que significa que Manríquez no se entretiene en darle aire a las digresiones ni proyecta la elaboración de zonas muertas que distorsionen la estricta progresión de la historia. No hay, entonces, lenguaje especulativo ni nerviosismo discursivo.

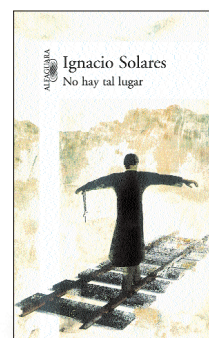
Pese a que Raúl Manríquez evitó incurrir en dramatismos insulsos, su prosa es dueña de una aspereza y una sublimación perceptiva y persuasiva sin precedentes. Estamos ante una obra verdaderamente original, que a su vez propone otra manera de abordaje. Si Manríquez ha inclinado su expresión hacia los afectos que la vida tarahumara suele exhibir muy al viso, éstos serán la constante de que la mente aguarda una revelación mientras la calma teje su madeja. Ya vendrá la redención de ese mundo postrado. Habrá disyuntivas

claras, pero por lo pronto habrá que ir a tientas tratando de acabar cada idea de emancipación. Estamos ante una obra contundente, cargada de dinámica y pleotórica de matices. —

— DANIEL SADA

NOVELA

UNA UTOPIA ESPIRITUAL



Ignacio Solares, *No hay tal lugar*, Alfaguara, México, 2003, 138 pp.

En la narrativa mexicana es infrecuente el relato de indagación espiritual o de naturaleza religiosa. Tampoco es fácil encontrar textos de un cristianismo acendrado o de un catolicismo militante, salvo acaso en las novelas cristeras o en ciertos momentos de autores tan disímolos como José Rubén Romero, José Revueltas o Rubén Salazar Mallén. En la poesía, como lo ha hecho notar Gabriel Zaid, es posible encontrar muchos ejemplos, valga citar al padre Ponce o a Carlos Pellicer.

No hay tal lugar, la más reciente novela de Ignacio Solares, se sitúa en esta tradición al mismo tiempo añeja y heterodoxa de la narrativa mexicana. Novela y alegato espiritual, libelo religioso y relato fantástico, *No hay tal lugar* es ante todo un acto de fe de su autor. En este breve relato, Solares ha logrado condensar muchas de sus reflexiones acerca de lo sagrado presentes en algunas de sus novelas anteriores, como *Madero, el otro* y sobre todo en *El sitio*. Desde un punto de vista formal, lo más interesante de *No*

bay tal lugar es su decantada brevedad. Solares ha aprendido la lección de la novela corta que practicó en *El espía del aire*, para ofrecer a sus lectores una narración que tiene las cualidades del relato fantástico y de la indagación espiritual. Un sacerdote jesuita, Lucas Caraveo, es enviado a una zona de la sierra de Chihuahua en busca de un poblado perdido en los mapas donde oficia el enigmático padre Ketelsen, un misterioso heresiarca cuya espiritualidad se alimenta de las creencias de los tarahumaras, el hermetismo, el budismo y otras disciplinas espirituales. Lucas Caraveo, una suerte de detective metafísico, encuentra en el pueblo de San Sóstenes, “enclavado en un lugar al mismo tiempo visible e invisible”, una comunidad donde la gente aprende a morir. Este conocimiento de la muerte permite a los adeptos acceder a otras capacidades humanas, desde la telepatía hasta la curación por medio de la hipnosis. La lección de Ketelsen, discípulo de Gurdieff y de los gnósticos, es la de una suerte de existencialismo espiritual más cercano al de las comunidades cristianas primitivas que al de la Iglesia Católica.

Toda novela tiene sus referentes. Al decir de Borges, crea sus propios antepasados. En *No bay tal lugar* de Ignacio Solares encontramos ecos de *El barón Bagge*, del escritor austriaco Alexander Lernet-Holenia, así como de Pedro Páramo de Juan Rulfo —referencia obligada. Sin embargo, a diferencia de las obras citadas, donde el viaje es un trayecto hacia la alteridad sin posibilidad de retorno, en *No bay tal lugar* nos encontramos con el viaje iniciático, donde el personaje central, el padre Caraveo, va a habitar la alteridad por un tiempo. Se trata de un viaje que es al mismo tiempo una suerte de experiencia. En San Sóstenes no existe la propiedad ni el dinero, la comunidad se sostiene por sus propios medios y todos practican una suerte de cristianismo primitivo que recuerda el de las comunidades cataras o el de las misiones jesuitas en la cuenca del Paraná.

Como *El espía del aire*, su novela ante-

rior, *No bay tal lugar* describe un viaje de ida y vuelta hacia otro lugar y otro tiempo, donde las leyes de lo real se han trastocado y donde al parecer cualquier cosa es posible. Más allá de su entramado narrativo, la novela de Solares aborda dos temas centrales: el dolor y la muerte. El libro revaloriza el papel del dolor de un modo que recuerda las reflexiones de Ernst Jünger sobre el asunto. Me explico: para el escritor alemán, la negación del dolor por la cultura actual no ha hecho sino separar al hombre moderno de su propia humanidad. El padre Ketelsen, en la novela de Solares, a través de sus enfermos terminales, establece una revaloración del dolor como una manera de comprender la vida, de habitarla con sus matices más sutiles y decantados.

En uno de los textos más enigmáticos y misteriosos de la Biblioteca Gnóstica de Nag Hammadi, titulado “Tratado de la resurrección”, el autor anónimo afirma que sólo quien sabe que va a morir ya ha muerto, y por lo tanto sólo quien ha incorporado el conocimiento de la muerte puede acceder a la resurrección en el presente. En otras palabras: basta con saber que moriremos para darnos cuenta de que hemos renacido.

Éste es uno de los múltiples secretos que el padre Ketelsen revelará a Lucas Caraveo durante su estancia en San Sóstenes. Antonin Artaud, hacia 1928, vio en los tarahumaras el último bastión de la humanidad primigenia. Solares ha ido en su busca. Quién sabe cuánto tiempo el autor habrá llevado dentro esta novela. Basta con leer las homilias de Ketelsen para cada día de la semana, o los monólogos de los enfermos terminales, para darse cuenta de esto. Pese a su brevedad, *No bay tal lugar* es una de las novelas más acabadas de su autor. En ella confluyen la sabiduría narrativa y una auténtica y generosa vena espiritual. Con *No bay tal lugar*, Solares se sitúa en un puesto privilegiado de la narrativa mexicana, cada vez más separada de la tradición y el canon, y cada vez más abierta hacia la diversidad y la exploración de nuevos territorios. —

— MAURICIO MOLINA

MEMORIAS

LAS MEMORIAS PÓSTUMAS DE MACHADO DE ASSIS

Jorge Edwards, *Machado de Assis*, Ediciones Omega, Barcelona, 2003, 241 pp.

A diferencia del resto de las literaturas latinas de América, fundadas por cronistas desengañados, jurisconsultos soñadores, frailes relapsos, militares divididos entre la pluma y la espada o periodistas patriotas, el padre incuestionable de las letras del Brasil, Joaquim Maria Machado de Assis (1839-1908) fue un escritor algo más que moderno, un auténtico innovador que, de haber sido conocido en la Europa de sus tiempos, pocos lo habrían entendido. Nacido en Río de Janeiro, ciudad de la que nunca se alejó, Machado de Assis tuvo una vida tranquila encaminada hacia el éxito y el reconocimiento. Algo hay de milagroso en la aparición de todo genio y en el caso de Machado de Assis, autor de novelas convencionales y de dramas mediocres hasta bien entrada su existencia, nada parecía preludiar su transformación en un pequeño profeta de la literatura del siglo XX.

Machado de Assis, de Jorge Edwards, es una estupenda introducción a la obra de un escritor más citado que leído, cuyo legendario prestigio de poco le ha servido para contar, al menos en la lengua española, con lectores y críticos a su altura. Un siglo antes de que Kundera llamase al redescubrimiento de Voltaire y Diderot como narradores, ya Machado de Assis había realizado ese salto hacia atrás, obviando a los maestros decimonónicos y explotando la veta casi infinita del *Tristram Shandy* (1759-1767) de Lawrence Sterne. Con sus novelas de su madurez, las *Memorias póstumas de Blas Cubas* (1880), *Quincas Borba* (1891), *Don Casmurro* (1899), *Esau e Jacob* (1904) y *Memorial de Aries* (1908), Machado de Assis creó un tipo de narrador que trastornó el canon del rea-

lismo y del naturalismo. Dice Edwards: "Inventar un personaje lúcido, libre, dotado de sentido del humor y de ideas personales, no impostadas ni copiadas, que cuenta desde una distancia, que sabe combinar la frialdad con la pasión, no era en absoluto fácil en la América de lengua española o portuguesa del XIX."

Acaso Edwards se quede corto y, como dice César Aira en su *Diccionario de autores latinoamericanos*, Machado de Assis sea el novelista latinoamericano más importante de su siglo, cuya compañía ideal habría sido la de Flaubert y Henry James. Si los temas del escritor brasileño pertenecen a su época —el adulterio, el hombre superfluo, el dinero—, la discreta libertad con la que decidió descomponer sus narraciones pertenecía al futuro, en su calidad de caleidoscopios regidos por una profunda conciencia de la relatividad de la existencia humana.

Las Memorias póstumas de Blas Cubas, traducidas hace medio siglo en México por Antonio Alatorre, están narradas por un muerto: son una inversión del procedimiento de Sterne y un guiño irónico al sentencioso Chateaubriand de las *Memorias de ultratumba*. Al escribir su secuela, *Quincas Borba*, Machado de Assis fue aun más lejos: un polímata a la manera decimonónica, creador de un omnicompreensivo sistema filosófico, hereda a su perro su nombre, y a su compadre su locura sistemática. El relato es delicioso tanto como arduas de resolver son las encrucijadas a las que nos somete. Con el profesor Teufelsdröckh de *Sartus Resartus* (1833-1834), Carlyle diseñó un personaje semejante a Quincas Borba, pero le faltó el genio narrativo de Machado de Assis para echarlo a andar sin las muletillas de la filosofía que combate. O es cosa de imaginar al Bartleby de Melville, liberado de sus cadenas preakfianas y convertido en un elegante y ocioso fluminense, para entender a los héroes de Machado de Assis. Y qué feliz habría sido Valéry Larbaud de toparse con ellos.

Machado de Assis, del novelista y ensayista chileno Jorge Edwards, aparece en "Vidas Literarias", una colección española inspirada en "Penguin Lives". Por desgra-

cia, el libro, acompañado de las traducciones de cuentos y fragmentos que hizo el propio Edwards, carece del mínimo aparato bibliográfico que permita al lector guiarse por la mediocre historia de Machado de Assis en castellano, lengua que lo ha traducido de manera poco cuidada e intermitente. Frente a la desidia española e hispanoamericana ante el portugués, esta invitación de Edwards algo tiene de acto de reparación. Sin olvidar a Borges, cuyos nexos con el fabulador brasileño me intrigan, los novelistas de la generación de Edwards tienen en Machado de Assis, si no a un precursor, al menos a un maestro secreto que volteó de cabeza el sistema de la novela y que, como Fuentes, Vargas Llosa o el propio Edwards, fue a las fuentes de la tradición europea sin ceder a la tentación del exotismo. Y si hemos de creer al crítico brasileño Antonio Candido, la lección inaugural de Machado de Assis logró que la ficción brasileña naciese poco comprometida con el regionalismo y abierta de origen a la experimentación, al cosmopolitismo.

Tras leer el *Machado de Assis*, de Edwards y hacer la relectura de algunos de los libros de Machado de Assis, queda pendiente la cuestión de cómo hizo el brasileño para camuflarse y evadir su condición de visionario. Más allá de la condición periférica del Brasil y del propio portugués (la menos conocida de las grandes lenguas occidentales), Antonio Candido ha ensayado una respuesta. Personaje protegido por un sistema de falsos convencionalismos y convencional funcionario él mismo, Machado de Assis, primer presidente de la Academia Brasileña de Letras, "lisonjeaba al público mediano, inclusive a los críticos, proporcionándoles el sentimiento de que eran inteligentes a precio moderado" (A. Candido, "Esquema de Machado de Assis" en *Ensayos y comentarios*, México, FCE, 1995).

Esa reserva, llena de cordialidad, hizo pasar a Machado de Assis como un refinado espíritu dieciochesco, un amigo del lector con escasa autoconciencia de la radicalidad de su literatura. Por ello, Machado de Assis vivió las primeras décadas de su posteridad solamente como

un gran cuentista a quien, a la manera de Chéjov y Maupassant, le bastaba un detalle accidental para comprender la sinrazón de una vida entera. Y al escribir sus extrañas novelas, el narrador brasileño, sin evolucionar hacia la novela burguesa, retrocedió al cuento filosófico. Y en un abrir y cerrar de ojos, Machado de Assis estaba ante las puertas del castillo de Kafka. —

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

ENSAYO

UN TEXTO QUE SE PIENSA A SÍ MISMO

Hannah Arendt, *Tiempos presentes*, trad. R.S. Carbó, Gedisa, Barcelona, 2003, 224 pp.

Hannah Arendt merece una dosis superior de justicia. Y algo más de benevolencia. Judía, jamás logró la disculpa de los judíos. Y mucho menos de los israelíes. Alemana, escapó de su país cuando los nazis desmantelaron su "esfera privada" y su "oasis" —dos temas que la obsesionaron ulteriormente, cuando buscaba defensas contra la opresión totalitaria—, y peregrinó a Francia y Estados Unidos para retornar, como perspicaz observadora, a su país natal en 1950.

Estadounidense por elección forzada, siempre fue considerada una europea irremediable por sus planteamientos y desplantes. Intelectual, no mereció el juicio generoso de historiadores y políticos que se consideraban "especialistas". Y como mujer, no le perdonaron sus relaciones amorosas con Heidegger y sus excesos de lúcida erudición.

Basta un ejemplo. Cuando presenció el juicio a Eichmann en Jerusalén (1963) a solicitud del *New Yorker*, difundió dos conclusiones que conmovieron a la acomodaticia opinión pública: La primera, que el protagonista de la "solución final" era un prescindible burócrata a quien el gobierno israelí, jefaturado por Ben Gurión, magnificó con fines pedagógicos y políticos; y la segunda, que el Mal absoluto representado por el Holocausto se

tonaba trivial, casi cotidiano, como resultado de esta artificiosa teatralización. Su testimonio (*Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, Lumen, 1967) no mereció la traducción al hebreo, en contraste con muchos otros y olvidables textos; sólo después de cuatro décadas (2002) la omisión fue reparada. Y aún no se la absuelve de su enjuiciamiento atrevido.

Pero acaso su ignorancia de las fronteras fijadas por especialistas haya sido el más conspicuo de sus pecados. No hay tema en las ciencias sociales y en la indagación histórica y filosófica que eludiera su mirada. Estuvo (en el sentido heideggeriano) en y con ellas. Sus apuntes sobre los orígenes del antisemitismo y del totalitarismo¹ dismantelaron hipótesis y aseveraciones que se pensaban inmovibles; las reflexiones sobre el acto de pensar perturbaron a pensadores profesionales (por ejemplo la filosa pregunta: “¿dónde estamos cuando pensamos?”;² sus exigencias a la política y a los políticos multiplicaron el desconcierto (“no se puede vivir sin prejuicios... pero la función de los políticos es disiparlos”),³ y sus opiniones sobre la “desertización” personal auspiciada por los que cultivan y engañan al populacho⁴ irritaron a líderes concretos y en muchos casos imaginarios.

Algunos trazos de estos temas retornan apretadamente en este libro recientemente traducido. Es una colección de ensayos escritos entre los cincuenta y los setenta. Pero la editorial acertó: su actualidad es innegable. El primero de ellos presenta la narrativa del refugiado. Biográfico en su raíz, posee sin embargo una vivaz vigencia. El abandono del hogar es la renuncia a la cotidianidad, a lo previsible: es un estar perpetuo en la incertidumbre. Y a veces se le antoja al refugiado que “el infierno no es una representación religiosa, fantástica: es algo real como las piedras y los árboles” (p. 11). Y el refugiado se ajusta alegre e irres-

ponsablemente a cualquier nacionalidad “como a una mujer regordeta cada nuevo vestido que le promete el talle deseado” (p. 20). Pero al cabo se queda en la intemperie.

El escrito que recoge sus impresiones sobre la Alemania derrotada y el proceso de desnazificación es tan brillante como instructivo. Con las mejores intenciones —al menos en el plano declarativo—, los aliados intentaron “corregir” a los alemanes con medidas que gestaron, en los hechos, un régimen tan brutal como el derrotado. Y quizá peor: menos eficaz. El régimen de libre mercado benefició a los estratos ricos que, de todos modos, sobrevivieron al nazismo, y trajo consigo la proletarianización de las clases medias, fenómeno que Hitler procuró evitar sostenidamente. Y nadie en la población alemana se propuso para asumir responsabilidad o culpa alguna por lo sucedido. Como si todo hubiera sido un edicto de los cielos o de Satanás, mas no de hombres movidos por una ideología malvada (p. 45). La ayuda estadounidense, presidida por el credo liberal, no fue inteligible para la Alemania de 1950. Los hombres de negocios anhelaban entonces la intervención activa del Estado, como había sido en el nazismo, intervención que conllevaba beneficios tangibles y ciertos. Pero la disciplina totalitaria había hecho desaparecer cualquier impulso hacia la competencia y la competitividad (p. 59). El evangelio económico estadounidense no era, a la sazón, algo que se admitiera en Europa: acarreó resultados que fomentaron el rencor generalizado contra los que pretendían ayudar y reconstruir (p. 63). Según Arendt, la salida óptima radicaba en algún género de convergencia europea. Mas no creyó en ella. Aquí se equivocó. Le fue difícil imaginar la resurrección colectiva de Europa como expresión de una astuta dialéctica entre vencedores y vencidos.

En fin, su ensayo sobre América y Europa tiene también una sorpresiva vigencia. Se pregunta por el origen del odio a los estadounidenses, actitud paradójica si se considera el apoyo que éstos brindaron al Viejo Continente. Y la respuesta

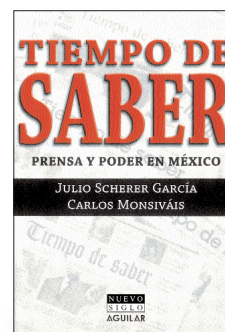
de Arendt en alguna medida sorprende: se debe a que Estados Unidos —dice— logró en los hechos lo que Europa fantaseó: democracia y riqueza, la administración lúcida de conflictos, y la ilusión de la eterna juventud (p. 73). Tocqueville vislumbró claramente estos rasgos que alejaban América de Europa. Quien mire a Washington —agrega— con alguna simpatía será indefectiblemente “reaccionario”, en tanto que el “liberal” profesa y difunde la postura antiestadounidense (p. 77). Un modo que es moda.

Tiempos presentes es un texto que se piensa a sí mismo, como Heidegger y Arendt querrían. Concluye con un sumario instructivo de Marie Luise Knott, quien vigiló la edición, al que se suma un apretado itinerario biográfico de Hannah Arendt y el recuento de sus obras vertidas al castellano. —

— JOSEPH HODARA

HISTORIA

EL MÉTODO DE SU LOCURA



Julio Scherer García y Carlos Monsiváis, *Tiempo de saber. Prensa y poder en México*, Aguilar, Nuevo Siglo, 2003.

El 2 de octubre de 1968 y el golpe a *Excélsior* en 1976 son dos momentos clave para entender la segunda mitad del siglo XX mexicano. Hoy reconocidos por la brutalidad y el atropello que significaron, tuvieron que conquistar desde la cultura lo que el poder presidencial pretendió negarles. En sus dos entregas sobre el 68, *Parte de guerra I y II*, Monsiváis y Scherer documentaron el hecho nada

1 Véase *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

2 En *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993.

3 *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997.

4 Sobre la manipulación del populacho (a veces usa el término “chusma”) se refirió repetidamente en *Hombres en tiempos de oscuridad*, Barcelona, Gedisa, 1990.

sorpresivo, aunque sí asombroso, de que Díaz Ordaz libró una guerra contra un enemigo desarmado que él mismo produjo a base de macanazos, detenciones y toma de escuelas por el Ejército. Documentaron que Echeverría, desde su posición en la Secretaría de Gobernación, produjo este enemigo que se percibía como latente, oculto, agazapado en su propia inactividad, para después convertirlo en una “conspiración comunista”. Pero la conspiración jamás existió. Eran tan sólo unos jóvenes que protestaban porque habían sido golpeados, encarcelados y vejados, y el que los había golpeado, además, los masacró por protestar. El delirio se desborda desde el poder en forma de tanques, y la sociedad, conservando la cordura, se defendió con la Constitución. Ésa es la victoria cultural de 1968: demostrar que el Estado del Partido Único no sólo no generaba orden, sino que existía aislado en la locura de servir de dique a la “guerra fría”, que el PRI oía la palabra “ciudadanía” y sacaba la pistola o apagaba el sistema, que arrojó a la sociedad que gobernaba hacia el caos de la planificación, del “realismo” político o del “Primer Mundo”.

El nuevo libro de Monsiváis y Scherer aborda el otro momento que tuvo que ganarse desde la opinión pública y la cul-

tura, el golpe de Echeverría al periódico *Excelsior* en 1976. De nuevo, lo que el texto revela es el delirio que se desborda para hacerse del control de un periódico: Díaz Ordaz y Echeverría financian durante años a un grupo de cooperativistas incondicionales y deshonestos expulsados del diario en 1965, el Estado Mayor Presidencial hace explotar una bomba en el edificio del diario en 1969, Fidel Velázquez promete acarrear a un grupo de golpeadores para que lo tomen por la fuerza, Televisa transmite dos programas para atacar a Scherer, se publican libros anónimos y de editoriales fantasmas contra Paz, Monsiváis, Scherer, Daniel Cosío Villegas. Y, al final, el poder se hace del periódico en el momento en que ya ha perdido a la opinión pública.

Desde un contexto más amplio, el golpe a *Excelsior* revela hasta qué punto el 2 de octubre había roto la fórmula posrevolucionaria del trato con la prensa: el pago para que me elogies (o, en términos de Monsiváis, “el chayote que moviliza el descubrimiento de milagros: ¡El Señor Licenciado inauguró el país!”); las llamadas de atención desde las antecámaras de la Presidencia; el control a través de la publicidad oficial, que le señala su destino a la publicidad privada; la aburrición de las ocho columnas, que reproducen los discursos del plumazo del secretario de Estado o el señor gobernador, en los que la solemnidad sólo cede por obra del humor involuntario; la idea de que, si se oculta la represión, ésta jamás existió; los linchamientos a la disidencia (que en treinta años cambió tres veces de adjetivo: “apátridas”, “subversivos”, “premodernos”); los columnistas inteligibles sólo para la burocracia cortesana; la difusión sostenida del cinismo; la despolitización, y la resignación al capricho del ungido.

El retrato que Monsiváis hace de la prensa mexicana, vista en un ángulo expandido —de Santa Anna a Fox—, deja en claro que no siempre los hombres del poder han tenido una obsesión por controlar a la crítica. Juárez, el primer Porfirio Díaz, Madero y Cárdenas permitieron la libertad de expresión en un país donde criticar al presidente no fue siempre una

herejía o una deslealtad con la nación. Es la sacralización del presidente lo que consolida la obsesión que el prísmo tuvo frente a la crítica y, adicionalmente, una idea un tanto rústica de que la letra impresa otorgaba o no “el paso a la Historia”. Tanto Scherer como Monsiváis encuentran, en las iras de Echeverría contra los artículos de Daniel Cosío Villegas, el arquetipo de la novedad de gobernar y ser criticado. No es casual que el objeto de las ansias presidenciales sea precisamente un historiador. Al abrir una fisura, desde *Excelsior*, en la aprobación unánime, al retratar a Echeverría como un ser que parlotea, taimado, violento, ambicioso más allá de su propia sustancia, Cosío Villegas impide “el paso a la Historia” que Echeverría veía colmado cuando le entregaran el Premio Nobel de la Paz. A partir de ese momento, cada presidente encontró en la prensa, y luego en “los medios”, una tendencia a obstaculizarlo. Pero el presidencialismo parece haber muerto, no por la crítica, sino por la exhibición continua de seres todopoderosos que resultaban, a la mera hora, unos ineptos. Con *Tiempo de saber* como epílogo, queda claro que el presidencialismo mexicano murió porque no sabía gobernar más que para enseñar a obedecer. Cuando aparecieron los ciudadanos, los masacró, trató de acallar esa parte sucia con las bondades de la “estabilidad”, y acabó perdiendo la batalla por la historia. Desde 1968, esa victoria cultural le pertenece exclusivamente a la crítica. Sus actores ya han sido juzgados en la conciencia colectiva. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

NOVELA

ANATOMÍA DE UN CONSERVADOR

Pablo Soler Frost, *Edén*, Jus, México, 2003, 243 pp.

¿Qué es un escritor conservador sino un deliberado anacronismo? El moderno es vertiginoso y vanguardista: hijo del Progreso, experimenta y mira al frente. No cree en la trascendencia del mensaje sino

en la independencia de las formas. Escribe como quien hace revoluciones: enemistado con cierto pasado, aliado de cierto futuro. Es producto de su tiempo, al revés del conservador, fruto de una tradición antimoderna. El autor conservador hace más que expresar una ideología tradicionalista; niega siglos: escribe como si no hubiera ocurrido la modernidad y sus vanguardias. Imposible encontrar en él desplantes formales o innovaciones estilísticas. No confía en el protagonismo de las formas ni en su atea independencia. Es un creyente del Mensaje y de la literatura capaz de transmitirlo. Escribe y revela al mismo tiempo. Mira hacia el origen y, sin embargo, está plantado en el presente. Ése es su encanto: vive ignorando las coordenadas temporales.

Algo semejante podría decirse de Pablo Soler Frost (1965), nuestro enviado en el pasado. Católico y romántico, escribe aquí y ahora una literatura firmada en otros tiempos. No es un hombre de su generación: mira hacia atrás en busca de almas afines. Curiosamente, parece haberlas encontrado. *Edén*, su novela más reciente, es un intento por insertarse entre otras almas reaccionarias: las de los católicos perseguidos por la Revolución Mexicana. Es, además, la parte final de su trilogía sobre los Jensen. El escenario es el México revolucionario, como antes la Alemania nazi en *Malebolge* o los mares nórdicos en *La mano derecha*. El protagonista, Norman Jensen, abandona su natal Dinamarca y termina, tras ciertos descalabros, en las selvas del Sureste mexicano. Podría haberle ido peor: se enamora, funda una familia, levanta una hacienda. Después, la Revolución y el anticlericalismo. Todo se derrumba, salvo la fe. Ésa es la historia.

No es necesario ir demasiado lejos para descubrir el orgulloso conservadurismo de Soler Frost. Tampoco es preciso leer bajo líneas. Hay un narrador, cándido y obvio, que nos facilita la tarea al pontificar a cada página. La intención narrativa es simple: asumimos el punto de vista de los católicos perseguidos por la Revolufia. Desde allí el demonio tiene nombre: Tomás Garrido Canabal, “peli-

groso iconoclasta que fue para nuestra desgracia gobernador de Tabasco”. El Mal es la Revolución, que amenaza la propiedad y abolla las dinastías. El retrato es maniqueo pero de eso se trata: es una letanía, no un análisis. El conservadurismo de Soler Frost luce, por fortuna, más fino en otro aspecto: en el regionalismo que atraviesa a toda la novela. Tabasco es el edén, y éste, un espacio ajeno al mundo moderno. El libro celebra, con desigual fortuna, la serenidad y el pintoresquismo de las tradiciones cercanas a Dios, adversarias del Siglo. Rasgo doblemente conservador: enaltecer lo regional, despreciar lo universal.

No obstante, sería falso reconocerles demasiada intensidad a estos cabos narrativos. No la tienen. Soler Frost no es un hábil manipulador de hilos dramáticos. Prevalece en su obra el medio tono, el paso sereno, los tropiezos reiterados. A menudo narra con minucia pasajes baladíes y despacha en apenas unas líneas acontecimientos decisivos. Los personajes persisten borrosos; las atmósferas, lánguidas. Hay una razón para todo ello: no narra vidas sino destinos. Su conservadurismo es enfático: los dramas humanos son asunto de Dios y sería ocioso mirarlos de cerca. La psicología, al revés de la teología, es inútil: Dios decide, al margen de las pasiones, los destinos de los personajes. Lo mismo ocurre en la tragedia clásica, pero no hay aquí ningún aliento trágico. Por el contrario, impera el tono sereno, neciamente anticlimático. Delegado el poder dramático en Dios, el narrador se entrega a una tarea inocente: registra los detalles laterales donde también se manifiesta Su huella. Dios está, como lastre narrativo, en todas partes.

Igualmente conservadora es la forma de esta novela. Ocurre en el siglo XX y, sin embargo, parece escrita tiempo antes. Nada de moderno hay en estas líneas, como si Flaubert no hubiera existido. Las técnicas son, sencillamente, las de la novela decimonónica: narrador omnisciente, digresiones constantes, tiempo lineal irrefutable. El estilo, descuidado y fangoso, obedece a otra convención tradicional: la analogía, no la ironía.

Busca la fraternidad de los elementos más que su ruptura. Enlaza, no critica. Pontifica, no ríe. Ésa es la apuesta: no tanto volver al pasado como ignorar el presente. No hay un moderno releendo la tradición sino un conservador olvidando la edad moderna. Apenas si hay que señalar el riesgo: somos lectores modernos y creemos saber más que Soler Frost. Lee-mos desde el futuro: nos incomoda su torpeza narrativa, tachamos digresiones, vertimos a las nuevas formas sus contenidos tradicionales. Es, a nuestros ojos, un autor sobradamente fallido. Eso mismo, no obstante, es su encanto: sus defectos son virtudes pasadas. Fracasa como moderno, triunfa como anacronismo. Es un amanuense de Dios, pero Dios, ya se sabe, no existe. —

— RAFAEL LEMUS

BIOGRAFÍA

EL JEREMÍAS DEL VIEJO IMPERIO

David Gilmour, *La vida imperial de Rudyard Kipling*, Seix Barral, Barcelona, 2003, 447 pp.

La posteridad se ha aplicado en infamar al ensayista, narrador y poeta Rudyard Kipling, en el intento de afrentar al conservador, teórico y campeón del Imperio Británico. Importa desvanecer esta confusión, que sólo ha opacado la obra de quien fue llamado, quizá con justeza, el mejor cuentista inglés de su tiempo.

Kipling, estilista espléndido y tory convencido, ha sufrido el desprecio de quienes lo sucedieron, y ha sufrido también esa ladina forma de odio que es el olvido. Más grotescamente aún, su obra ha sido calumniada para toda la eternidad por dos cintas de la casa Disney —los *Libros de la Selva*—, que lo reducen a compositor de tonadillas para orangutanes risueños y osos bamboleantes.

La moderna crítica quiere que este hombre arduo y complejo sea sólo un romo ultraderechista, un colonialista malhumorado que se ocupaba de garrapear cursilerías como el *If*—cantata ideal para ser recitada por abuelos voluntariosos

anietos displicentes—mientras Wells, Shaw y Chesterton escribían algunos de los volúmenes más memorables del siglo XX.

Refutar esta habitual caricatura es la intención del biógrafo David Gilmour en el volumen *La vida imperial de Rudyard Kipling*, obra pródiga en citas textuales y rescates inéditos, que supera acaso todos los intentos previos por justificar o demoler al autor de *The White Man's Burden* o *Kim*, y que patentemente ayuda a establecer mejor su perfil.

Gilmour no recurre a la acumulación de bibliografías y enumeraciones superfluas, que tanto placer proporciona a otros biógrafos contemporáneos. Con una prosa limpia, que no desconoce la ironía, construye un estudio político de Kipling, desde sus oscuros inicios como reportero en la India británica, y a través de la brillantez técnica y el vigor expresivo de sus cuentos y poemas, hasta el puesto de patriarca cultural —y aciago profeta— que llegó a desempeñar en toda la extensión del Imperio, como voz cantante de lo “británico” en diarios, revistas y en la naciente radio.

El retrato que se desprende del libro es paradójico y, quizá justamente por ello, apasionante. La moral de Kipling (quizá el más victoriano de los victorianos en cuanto a prejuicios sexuales, raciales y clasistas se refiere) era, cierto, la de un *boy scout*, pero era al tiempo la de un radical, laico hasta la médula, que solía referirse provocadoramente al Creador como “el buen Alá”, que defendía con entusiasmo a las prostitutas, y se preocupaba más que la mayoría de sus detractores por los derechos, lenguajes y tradiciones de los pueblos integrados en el frágil mosaico del Imperio.

Kipling, ha dicho Maurois, “es ese curioso tradicionalista que pugna por liberar de su milenaria sumisión a las mujeres hindúes e islámicas, ese escéptico de la democracia que asesora las campañas electorales de los *tories*, ese adorador del Imperio que se negó a ser el ‘poeta laureado’ de la reina Victoria”. Podríamos agregar que también es ese propugnador del “pudor artesanal” de la narrativa, que escribió acerbos relatos como “Mary

Postgate”, donde un ama de casa inglesa alcanza un orgasmo apoyada en un atizador de fuego, mientras un aviador alemán accidentado en su propiedad agoniza frente a ella.

Gilmour desentraña con paciencia encomiable esta maraña de contradicciones y realza la capacidad de Kipling para estructurar—como un Maiakovski de derecha— su discurso narrativo y poético con materiales inciertos: las leyes de impuestos de la época, los escándalos sociales del momento, los devenires de la política imperial...

Quizá el punto más alto del libro sea la imagen de Kipling como profeta apocalíptico, como el Jeremías del Imperio, que en el pleno esplendor y derroche del jubileo victoriano escribe “Recessional”, un desolado himno de retirada y decadencia. Y es que el último cuarto de siglo de su vida, según se deduce del texto, fue una continua previsión de los desastres por venir: el escepticismo que corroería la fe de los súbditos británicos, la amenaza atroz de los totalitarismos alemán y soviético, la inevitable Primera Guerra Mundial —donde cayó en combate su hijo John “sin avergonzar a los suyos”—, y la aún más aciaga Segunda Guerra, en cuyos prolegómenos Kipling, vencido al fin por la edad y la infelicidad, falleció.

“De entre todos sus contemporáneos, sólo a él, el más encendido de sus partidarios, no le habría sorprendido que, una generación después, no quedara nada del Imperio Británico”, concluye el biógrafo. Quizá lo único que le habría hecho respingar fuese que Winston Churchill, a quien tanto despreció en vida, utilizara su retórica sombría y heroica para salvar, al menos, a su querida isla inglesa de los nazis, los siempre odiados “hunos” germánicos.

En el ensayo autobiográfico *Algo de mí*, publicado pocos meses antes de su muerte, Kipling trazaba con parquedad y pudor algunos episodios de su vida. “La reserva de un hombre al hablar de sí mismo puede ser considerada la clave de esa personalidad que se afana en sustraer”, argüía en el libro. La biografía escrita por

David Gilmour no es indigna de esa parquedad y ese pudor que, en el fondo, hablan con tanta elocuencia del hombre que se oculta tras ellos. —

— ANTONIO ORTUÑO

NOVELA

EL DIARIO DE UNA LOCA

J.M. Coetzee, *En medio de ninguna parte*, trad. Miguel Martínez-Lage, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 2003, 190 pp.

Coetzee ganó este año el Nobel de Literatura para sorpresa de quienes pensaban que, a dos años de haberlo recibido V.S. Naipaul, la Academia Sueca no lo otorgaría tan pronto a otro autor de lengua inglesa, y para desconcierto de quienes jamás habían escuchado el nombre de este escritor sudafricano de origen afrikáner y con educación anglófila. Pero más allá de estas reacciones, Coetzee merecía la distinción desde hacía años por una obra en la que no hay un solo libro despreciable ni inofensivo. Porque la literatura de Coetzee no se disfruta, se padece. Quizá por eso hasta hoy no es un escritor popular, sino un autor con seguidores constantes que han ido corriendo poco a poco la voz sobre su existencia. ¿Ayudará el Premio Nobel a su masificación? No creo que mucho, en parte por la naturaleza poco amable de las mejores historias de Coetzee, y porque este escritor decidió dar la espalda al protagonismo mediático desde hace años.

A partir de su hazaña de convertirse en el primer escritor en obtener dos veces el Booker Prize en 1999 (la primera vez fue en el 1984), las obras de Coetzee comenzaron a traducirse sistemáticamente al español, y se reeditaron algunos primeros títulos publicados hace años en nuestro idioma, pero ya inasequibles. *En medio de ninguna parte*, de reciente aparición en Hispanoamérica, es uno de los primeros libros del sudafricano (publicado en 1976 con el título de *In the Heart of the Country*), en el que ya se vislumbran muchos de los fantasmas que revolotean

en las historias de Coetzee escritas en los años siguientes.

La crueldad, la violencia, la brutalidad, que son elementos característicos en las narraciones de este autor, como en *La edad de hierro* o *Desgracia*, por ejemplo (ambas publicadas en los años noventa), son motivos fundamentales en el diario que Magda, protagonista del relato, escribe dándole forma a *En medio de ninguna parte*.

Magda es una de las primeras heroínas características de la narrativa de Coetzee: mártires de la fatalidad, personificaciones del estoicismo ante una realidad hostil a la que se someten progresivamente hasta transitar de la condición de amas a la de siervas, en narraciones magistrales en las que este planteamiento descabellado, sin embargo, evoluciona con naturalidad. Las de Coetzee entonces son historias con ideas personificadas, con alegorías críticas contra la inmoralidad del coloniaje en general y contra el *apartheid* en particular (por eso, en su natal Sudáfrica, el reconocimiento de este escritor con el Nobel de Literatura no ha provocado el júbilo general de una nación muy dividida aún por la reciente cicatriz del *apartheid*).

Y a través de Magda, Coetzee desarrolla una de sus convicciones: la aceptación de la culpa histórica como parte del proceso de descolonización. Una idea que lleva al extremo en la desoladora vida de esta mujer, que nació huérfana de madre, rechazada por el padre, alejada de la civilización tierra adentro de Sudáfrica (“en medio de ninguna parte”), sin posibilidad de entablar relaciones afectivas con los sirvientes negros por las costumbres del país y por las de una época imprecisa, y sin compañía de gente blanca, excepto la de su padre distante. Además Magda es una mujer inteligente, con plena conciencia de su suerte (“no es el habla lo que convierte en hombre al hombre, sino el habla de los otros”), lo que produce en ella una locura que no es babeante sino delirio puro, expuesto por Coetzee como el diario de una loca a la manera del de Gógol, pero en lugar del humor del ruso lo que hay es angustia crispada.

Magda también es antecedente de Su-

san Barton de *Foe*, de Lucy Laurie de *Desgracia* y de Elizabeth Curren de *La edad de hierro* en cuanto a la relación con sus sirvientes, social y racialmente inferiores según las leyes del *apartheid*. De esta manera, como el resto de las heroínas estoicas de Coetzee, Magda establece una relación de interdependencia con un hombre “inferior” que poco a poco termina dominándola a través del sexo. ¿Un sirviente negro copulando con el ama afrikáner? Ya podemos imaginar la polvareda que levantó la publicación de este libro en la Sudáfrica del *apartheid* en 1976.

Otro aspecto notable de *En medio de ninguna parte* es la capacidad de Coetzee para dar vida a una mujer con voz femenina verosímil, todo un reto para la pluma de un escritor que, sin embargo, dominaba ya desde este libro de los años setenta, y que ha seguido enfrentando con éxito a lo largo de los años a través de sus heroínas mencionadas antes y de Elizabeth Costello, la ficticia escritora australiana protagonista de esa suerte de ensayos narrativos que este año Coetzee reunió y publicó con el título de *Elizabeth Costello, Eight Lessons*, libro valioso aún sin traducir al español, con el que estuvo cerca de llevarse su tercer Booker Prize, lo cual habla de que J.M. Coetzee recibe el Premio Nobel de Literatura en la cumbre de sus facultades literarias. —

— JULIO AGUILAR

ENSAYO

UNA HISTORIA AMERICANA

Joseph S. Nye, *La paradoja del poder norteamericano*, Taurus, Madrid, 2003, 304 pp.

Sabemos desde hace tiempo que Estados Unidos está en todas partes. Cientos de miles de sus soldados vigilan, pelean y mueren en más de 130 países. Sus empresas y mercados financieros marcan el paso de la economía mundial con un vigor que la East India Company y la City de Londres jamás soñaron. Sus ídolos musicales y cinematográficos pasan a ser

los nuestros de manera casi natural. Para buena parte del mundo, pero sobre todo para América Latina, la ubicuidad estadounidense es un hecho de la vida, parte del estado normal de cosas, si se quiere.

No debe sorprender a nadie entonces que el debate actual sobre la naturaleza del poderío estadounidense se haya recibido con una tibia indiferencia —cuando no hostilidad abierta— entre los intelectuales latinoamericanos y europeos. La idea de que pueda haber siquiera una discusión al respecto irrita profundamente a quienes han dedicado varias décadas a criticar la preeminencia estadounidense. Averiguar si Estados Unidos es un imperio o una mera potencia hegemónica parece trivial cuando se pueden usar las mismas categorías que se utilizaban hace diez, veinte o treinta años. Si es una potencia hegemónica —una hiperpotencia, dirían los franceses—, se sabe desde hace tiempo que no puede más que dar al traste con la estabilidad del sistema internacional. Si es un imperio, se pueden reciclar y mutilar categorías marxistas y leninistas para denunciar su profunda maldad, como hacen Michael Hardt y Antonio Negri en *Imperio*.

A este anquilosamiento se suma el limitado alcance del propio debate estadounidense. Es una discusión introspectiva en la que el objetivo principal es influir en el ánimo de Washington, no en el de Londres, París o Moscú. Los artículos de Henry Kissinger, Zbigniew Brzezinski o Stanley Hoffmann tienen el objetivo principal de influir en el proceso de toma de decisiones del gobierno estadounidense y sólo de manera indirecta en la perspectiva de los intelectuales de otros países. Es un debate en el que, la mayor parte del tiempo, el resto del mundo sirve de trasfondo o de pretexto, pero rara vez de contraparte.

Joseph S. Nye, decano de la Escuela de Gobierno “John F. Kennedy” de la Universidad de Harvard y antiguo funcionario del gobierno de William Clinton, se inscribe entusiastamente en esta categoría. En 1990, publicó *Bound to Lead*, un libro en el que argumentaba que

Estados Unidos debía asumir un papel de liderazgo mundial, so pena de quedarse rezagado frente a Japón y Europa. En *La paradoja del poder norteamericano*, Nye regresa al tema una vez más para argumentar que el poder estadounidense debe ajustarse a los cambios que ha traído la globalización: “Nuestro reto histórico será desarrollar un consenso sobre los principios y normas que nos permitan trabajar junto a otros para afianzar una estabilidad política, un crecimiento económico y unos valores democráticos.”

El argumento del libro no es particularmente original y recopila muchos de los lugares comunes de los intelectuales liberales estadounidenses (“Nuestros valores inspiran odio pero también admiración”) y de clichés de la globalización (“No se puede evitar la influencia de Hollywood”). Además, su esfuerzo por conciliar el realismo político con la coo-

peración internacional resulta en criterios tan vagos como “buscar soluciones multilaterales para asuntos que son intrínsecamente participativos y que Estados Unidos no puede atender solo” y actuar unilateralmente “cuando nuestra supervivencia esté en juego”.

Finalmente, la distinción que hace entre “poder duro” (militar, económico) y “poder blando” (influencia cultural) resulta muy débil. Nye supone que la promoción de los valores estadounidenses redundará en un sistema internacional más estable y amistoso para los intereses de Estados Unidos. Sin embargo, como bien ha argumentado —entre otros— Stanley Hoffmann, los mismos canales que permiten promover los valores de la democracia y los derechos humanos son utilizados por aquellos que desean destruir las democracias liberales. La misma televisora que transmitió un discurso del Presidente de Estados Uni-

dos puede transmitir en el siguiente segmento un video de Saddam Hussein. Además, es imposible controlar la influencia que tienen unas y otras fuentes de información. En el mercado contemporáneo, Britney Spears resulta infinitamente más influyente que el propio Nye. Si bien es cierto que Estados Unidos no puede utilizar su “poder duro” todo el tiempo, bombardeando y amenazando con sanciones económicas, el hecho es que los alcances de su “poder blando” son, en el mejor de los casos, una incógnita.

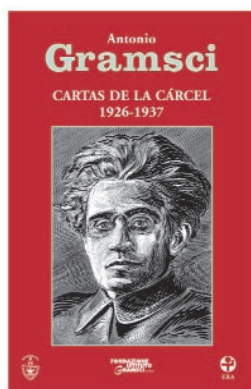
Así las cosas, *La paradoja...* es un libro que, a pesar de su claridad expositiva y los datos que incluye, resulta poco más que un texto introductorio para entender mejor la forma en que los estadounidenses se ven a sí mismos y al mundo. Es una historia americana del poder estadounidense y, por el momento, el resto del mundo no está invitado. —

— JAIME LÓPEZ-ARANDA TREWARTHA



Ediciones Era

NOVEDADES



DOCUMENTOS

*Cartas de la cárcel
1926-1937*

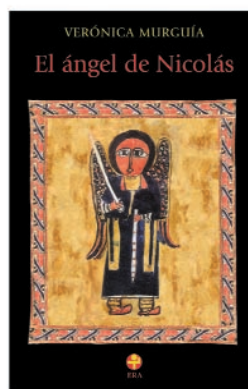
Antonio Gramsci



NOVELA

El siglo de las langostas

Malika Mokeddem



RELATOS

El ángel de Nicolás

Verónica Murguía



CRÍTICA

*La ficción de la memoria
Juan Rulfo ante la crítica*

Selección de
Federico Cambpell

Calle del Trabajo 31. Col. La Fama, Tlalpan, CP 14269, México D. F. • Tel: 5528 1221 • Fax: 5606 2904
e-mail: erapedidos@laneta.apc.org • www.edicionesera.com.mx